

PARÉNTESIS. (1)

Sr. D. *Juán Fernández*:

Muy señor mío y dueño: Por ser vos quien sois, es decir, porque sé que es usted un encopetado académico de la lengua, según lo han dicho *La Época* y *El Correo* y *El Progreso* y otros periódicos y todo

(1) Es contestación á una carta que el Excmo. Sr. D. Manuel Silvela, individuo de número de la Real Academia Española, publicó en *El Imparcial* del día 1.º de Noviembre de 1886, con la firma de *Juán Fernández*, tratando de defender el Diccionario contra mis censuras. Había pensado reproducir íntegra la mencionada carta del señor Silvela, y otras dos más que la siguieron; pero ni tengo para ello permiso del autor, ni por otra parte me parece de necesidad embalumar el libro con curiosidades inútiles. Tanto más inútiles, cuanto que—estén de ello seguros mis lectores—he reproducido fiel y honradamente los argumentos del Sr. Silvela, al contestar á sus cartas punto por punto.

el mundo, voy á contestar algo á la carta de usted del otro lunes, y no del otro jueves, de la que á su tiempo me dió traslado nuestro común amigo el Sr. Ortega Munilla. Pura cortesía nada más, que no necesidad de defenderme contra la tal epístola, puesto que apenas. . . y este *apenas* también le pongo por cortesía, apenas hay en ella nada de sustancia.

Siento de veras que se haya metido usted en ese mal paso y se haya caído, porque lo cierto es que se ha caído usted de una manera lamentable. Para usted, por supuesto, y también para la Academia, cuya causa, si antes de que intentara defenderse pudo ya parecer bastante mala, después de ese conato de defensa tan desgraciado, no puede menos de considerarse indefendible, completamente perdida.

¿Quién le mandaba á usted ponerse á semejante empresa? Cabalmente es usted un académico á quien yo no tenía del todo por *capripede*, y de quien jamás he pensado que tuviera arte ni parte en las malas definiciones. Puede usted creerme si le digo que siempre he estado en cuenta de que usted sabe hablar y escribir el castellano, ya que no de una manera brillante, á lo menos bastante bien para que se entienda, lo cual, si á primera vista no parece gran cosa tratándose de un académico, no deja de ser mucho si se considera que hay lo menos veinte individuos en la corporación, comenzando por el Sr. Cánovas, de los cuales no se puede decir otro tanto.

Empieza usted exponiendo al Director de la hoja de *Los Lunes* su deseo de que *El Imparcial* no se haga solidario de estos mis artículos, y en esto, que no pasa de ser inocente puerilidad, pone usted tal ahin-

co, que lo menos lo repite otras cuatro veces. Ya hablaremos de ello.

A continuación escribe usted dos párrafos para llamar antipatriótica á mi tarea de limpiar y acristianar el Diccionario, como contraria, en su sentir, al movimiento de aproximación á España que se nota en las repúblicas de América (1). Yo no sé lo que entenderá usted por patriotismo; pero, ¿le parece á usted más patriótico dar gato por liebre á los americanos? Yo no me opongo á ese movimiento que usted dice: no hago más que escribir artículos enmendando los disparates del Diccionario. Si el resultado inmediato de esos artículos, en todo ajustados á la verdad, ha sido que mermara muchísimo la venta del libro en América, tras de cesar por completo en España, tendrá la culpa el Diccionario por ser malo, ó ustedes por no haberle hecho bueno; pero yo, que no hago más que mostrarle tal como es, ¿en qué soy culpable? Ya lo dijo Ayala, imitando y casi copiando á otro poeta:

Si son malas las facciones,
¿qué culpa tiene el espejo?

(1) Tanto se han encariñado los académicos con este argumento, que en todas las defensas que han querido hacer del Diccionario, en *El Globo*, en *El Liberal*, en *El Día*, en *El Correo*, y en *El Resumen*, donde han publicado series de artículos, firmados con distintas iniciales, para hacer creer que no están hechos en la casa, en todas le han puesto en cabeza de mayorazgo, todas las han empezado con eso del movimiento de aproximación de las repúblicas de América. Seguramente los académicos habrán ya comprendido que el tal argumento no sirve; pero como no tienen otro. . .

En el tercer párrafo trata usted de probar que el Diccionario es bueno, pero de una manera bastante rara; hilvanando una especie de letanía de cuarenta y tantos nombres más ó menos ilustres, y diciendo que todos ellos han tomado parte en la obra. Mire usted, Sr. Don Manuel (1); yo soy buen creyente, pero por eso mismo, en materia de letanías no respeto más que la de la Virgen y las de los Santos, en fin, las aprobadas por la Iglesia. De todas las demás, así estén hechas con nombres de académicos. . . . ¡*manduco me flumen!*

Es posible que la mayor parte de esos respetables difuntos que usted amontona en informe barricada contra la razón, nunca pusieran nada en el Diccionario, pues también ahora sabe usted que hay académicos que no contribuyen al Diccionario ni á la Gramática con una sola letra y aun se burlan prácticamente de esos libros empleando palabras que allí no se autorizan. Pero ¿quiere usted que todos esos caballeros hayan sido realmente colaboradores del Diccionario: Bueno. ¿Y qué? ¿Dejará de ser por eso cosa risible aquello de que el niño recién nacido pronuncia llorando la *a* y que el lloro de la niña tira más á la *e* que á la *a*? ¿Dejarán de ser disparates lo

(1) Escribí esta carta, dirigiéndola á D. Manuel Silvela, con todas sus letras. En la redacción de *El Imparcial*, por amistad particular con dicho señor, se me rogó que no le nombrara, y accediendo yo á este ruego, corregí la carta, poniendo al principio "Sr. D. *Juán Fernández*" y sustituyendo el D. Manuel con el D. *Juán* en diferentes lugares del texto. Involuntariamente pasó este *D. Manuel*, por lo cual el Sr. Silvela hizo la puerilidad de firmarse en la segunda carta *Juán Manuel Fernández*.

del *grodetur*, que vivió en cinco ediciones, lo de que fumar es "arrojar ó echar humo" y "se acostumbra por tomar tabaco de hoja," que vivió hasta la undécima, y otras muchísimas cosas que aún viven, aun cuando resulte autor de ellas cualquiera de esos señores ó todos juntos?

"¿Y qué efecto ha de causar—pregunta usted—en nuestros hermanos de América, atraídos por la magia de nuestros autores, al ver que en apariencia al menos (¡vaya una apariencia!), un periódico tan español y tan ilustrado no encuentra para escritores como los citados y como los de que se compone en la actualidad la primera corporación literaria de España más honrosos calificativos que los de ignorantes, robadores del tiempo, necesitados de que se les entere de las cosas más triviales, etc.?" ¿Y cree usted, Sr. D. . . . *Juan*—pregunto yo—que esos calificativos se pueden sacudir con declamaciones vagas ó con fanfarronerías como la consabida de ¡yo soy. . . . Canela! para seguir cobrando una especie de barato literario?

¡Ah! No, señor. Para sacudir esos epítetos necesitan ustedes probar que no es cierto que diga el Diccionario "no le sorprenderá (á la Academia);" que no han marcado voces con la nota de *provincial de Castilla* ¡en un Diccionario de la lengua castellana!; que no han dicho que el *abanico* es para hacerse aire, ni que la *abeja maestra* basta para más de mil machos; que no han dicho que en Filipinas se usa una almohada *redonda y larga y estrecha* que, para evitar el calor, se pone *entre un brazo y otro* (suprimiendo el cuerpo); que no se han

hecho un lío al definir el *acial*, ni al definir la *albarda*, ni al definir el *asno*; que no han dicho que el *adobe* es un ladrillo sin cocer, y el *adoquín* una piedra de forma cúbica; que no han asegurado que *ajo* es una interjección que sirve para acariciar á los niños, ni que *albayalde* es una sal compuesta de ácido *acético* y óxido de plomo; que no han dicho que el *álamo* es una especie de chopo, ni han dado como frases *¡alto de ahí!* y *al amor del agua*, ni han dicho que el año es "el tiempo que dura una revolución aparente del sol alrededor de la tierra," ni que el apóstol por antonomasia es San Bernabé, ni que el *arvejo* es el "garbanzo de Asturias," ni que *bacta* es una *pieza ó taza*; que no han dicho que *badil* es una *paleta*, y *barulé* un rollo de la media en la rodilla, y *barzón* un paseo ocioso, y *bizcocho* el pan que se cuece segunda vez, y *blanchete* un perrillo ó gato, y *bollo* un panecillo amasado *con diferentes cosas*, y *buñuelo* una fruta de sartén, y *sartén* una especie de cazo. . . . Mientras todas estas cosas y otras así estén en el Diccionario de la Academia dando testimonio de la verdad de mis acusaciones, no adelantará usted nada con empinarse y ponerse tieso y decir á gritos: ¡Yo soy *Canela!* Nada, absolutamente, sino excitar más la hilaridad del público.

El siguiente párrafo, que empieza casi en verso: "No se objete—que de ningún modo compromete. . . ." se emplea en asegurar que mi firma es "totalmente desconocida—por no haberla encontrado al pie de una producción aplaudida—." Todo esto, allá cuando apareció el primer artículo, podría ser

verdad para los lectores rurales muy apartados del comercio del mundo; mas dicho por usted, señor mío, ni era verdad entonces ni lo es ahora. Porque usted sabe perfectamente que yo no me llamo *Miguel de Escalada*, sino Antonio de Valbuena, y porque lo sabe, fué usted á la redacción de *El Imparcial* llamándome por mi nombre. Usted sabe que he sido periodista, sin provecho propio, es verdad, pero no del todo sin gloria; que tuve el honor de mortificar á ustedes los conservadores—liberales desde las columnas de *El Siglo Futuro*, y especialmente con la *Política menuda*, cinco ó seis años, contribuyendo á hacer de aquel periódico carlista, y por ende antipático á la generalidad de la gente holgazana de los grandes centros, un periódico buscado y leído, citado como juez en materias de buen decir, con más autoridad que nunca tuvo la Academia. Usted sabe que he escrito un libro, el de los *Ripios aristocráticos*, que no es tan bueno como el único que yo conozco de usted, *¡Sin nombre!* porque, como dice el gracioso Luján en una comedia muy popular, "no todos podemos ser tratantes en leña," pero que, por una de esas injusticias que tan á menudo comete el público, ha sido mucho más leído y celebrado. . . . Los lectores me perdonarán esta digresión enojosa, pero necesaria por el giro que usted ha querido dar á su carta, desfigurando la verdad para que saliera el argumento.

Que de todas maneras no sale. Porque supongamos que yo me llamara realmente Miguel de Escalada y no hubiera escrito nada hasta ahora, ¿dejaría de ser verdad por eso lo que digo? ¿Dejaría por

eso de ser el Diccionario detestable? ¡Estaríamos buenos si se necesitara autoridad especial para reirse de ustedes cuando dicen, por ejemplo, que la teja canal es delgada y más combada que las comunes, cuando dicen que *capear* es "robarle á uno la capa los ladrones, *especialmente* en poblado," ó cuando dicen que la *cabra* es la "hembra del cabrón. . . de pelo más áspero y de condición más dulce!"

Resulta inocente, créalo usted, resulta inocente ese empeño de que *El Imparcial* no se haga solidario de mis artículos. . . . Por mí, que no se haga. ¿Cree usted que por eso ha de dejar de leerlos el público? ¡Que no tengo autoridad! . . . ¿Cree usted que la autoridad literaria se adquiere por el hecho de entrar en la Academia, como si eso fuera una ordenación *in sacris*? ¿Tendrán más autoridad ahora que antes Mariano Catalina, que entró en la Academia sin más precedentes que dos obras teatrales silbadas, ó el conde de Casa Valencia ó Luis Pidal, de quienes nadie conoce ni un solo escrito? Desengañese usted, señor D. . . . *Juan*, que, en cosas literarias, la autoridad que da el tener razón es la mejor de todas las autoridades.

Recuerdo que siendo muy joven leí un artículo titulado *El Diccionario y la gastronomía*, escrito para hacer burla del Diccionario de la Academia, especialmente de los artículos de comer y beber como *onfacomeli*, *gualantina*, *jusello*, *grasones*, *alboronia*, *sopaipa* y otros muchos. El autor, un tal *Velisla* (¿le conoce usted?) para mí era completamente desconocido, y sin embargo, el artículo me pareció

bueno, porque ya había yo leído por entonces aquello de mi ilustre paisano D. Santo de Carrión:

"Por nacer en espino
La rosa yo non siento
Que pierda, ni el buen vino
Por venir del sarmiento.
Nin vale el azor menos
Porque en vil nido siga,
Ni los consejos buenos
Porque judío los diga."

Esto no es llamarle á usted judío, señor D. . . . *Judn*: es advertirle que nadie está más incapacitado que usted para defender el Diccionario en nombre de la autoridad, puesto que usted criticó también el Diccionario con mucha razón y hasta con un poco de gracia (que contra la Academia cualquiera la tiene), cuando no tenía usted autoridad ninguna.

Lo triste es que después de haber entrado usted en la Academia en clase de cocinero, ó sea en méritos de haber enseñado á los académicos á hacer la tortilla, una vez dentro, haya usted abandonado el oficio, hasta el punto de que continúen en el Diccionario todos aquellos artículos de que usted se burló desde fuera, pues salvo el *grodetur*, que desapareció en la 11ª edición y los *agraces verdes* del *onfacomeli*, que han quedado simplemente en agraces, todo lo demás, desde la *alejija* hasta la *sopaipa*, que á usted le daba gana de escupir, sigue lo mismo.

Al fin trata usted de entrar en materia, y dice de mí que desfiguro textos añadiendo palabras para formular cargos imaginarios. Esto no es verdad, se-

ñor mío, y si no, venga la prueba. Usted pretende darla en seguida, y, es claro, la prueba resulta tan falta de verdad como el aserto. Dice usted: "No hace muchos días, por ejemplo, que para poder asegurar que la Academia adolecía de inopia geográfica, supuso el omnisciente crítico que esa docta corporación (¡alábate, pavo!) al definir campurriano, decía que era el natural de Aguilar de Campoo, población de Santander y no de Palencia.

Falta usted á la verdad, señor académico, por no emplear otra frase más fuerte. Yo no he supuesto nada de lo que usted dice. Vuelva usted á leer mi artículo XXI y verá usted que lo único que digo allí es esto:

"CAMPURRIANO, NA. Adj. Natural de Campoo, u. t. c. s. Perteneciente á esta comarca de la provincia de Santander. . . ."

Ahora abra usted el Diccionario por la página 197 y á ver si no dice lo mismo.

¿Dónde está la suposición que usted me atribuye? En la mente de usted, acalorada y sofocada por el escozor del disciplinazo, para el cual no necesité más que añadir: "¡Señores, señores! Que Aguilar de Campoo, que es el pueblo más notable de la comarca, pertenece á la provincia de Palencia. ¿No saben más geografía entre todos ustedes. . . .?"

¿Dónde están aquí las suposiciones, las desfiguraciones de textos y las adiciones de palabras, vuelvo á preguntarle? ¿No es verdad que Aguilar de Campoo pertenece á la comarca de Campoo? . . . Como que es el único pueblo que usa el apellido. ¿No es verdad que Aguilar de Campoo es de la provincia de

Palencia? Pregúnteselo usted á su compañero D. Aureliano Fernández Guerra, que aunque no lo sabía antes de leer mi artículo y aun después no quería creerlo, ya se convenció viéndolo en un Diccionario de Correos, donde fué á buscarlo. Luego no ha debido decir la Academia raso por corriente que la comarca de Campoo es de la provincia de Santander, ni puede usted insistir en que el territorio de Campoo está desde *ab initio* (¡desde *ab initio*!) en la provincia de Santander, lo uno porque hablando de la provincia de Santander, que es modernísima, de ayer como quien dice, no pega el *ab initio*, y además porque aun hoy pertenecen varios pueblos de Campoo á la provincia de Palencia y otros á la de Burgos.

No hay que acalorarse, buen hombre; por lo menos, no hay que acalorarse hasta el extremo de decir lo que no es verdad, porque eso hace más daño que nada. ¿No conoce usted aquella sentencia que dice:

Faltar á la verdad es vicio feo
De que debes huir ¡oh Timoteo!

Pues no la olvide usted, oh Timoteo, y no lo vuelva usted á hacer porque se expone usted á dar con otra persona que no le tenga á usted las consideraciones que yo le tengo, y le trate con menos blandura. Nada, se sufre la crítica con resignación y humildad cuando es justa y no hay otro remedio, como en el caso presente, y esto es más meritorio. No hay que acalorarse. Y no hay tampoco que ponerse á hacer tentativas de chiste trasnochado y de imitación, como la que hace usted cuando me convida á las verdes praderas de Campoo, "de irresistible atractivo." Gracias; yo no gasto.

A más de que ¡buenas estarán ya las tales praderas si es que con anterioridad las conocían ustedes los académicos!

Asegura usted que no estoy en buenas relaciones con la erudición. Vaya en gracia. Pero me ha hecho usted recordar, para consolarme, una escena académica. ¿Se acuerda usted? . . . Un académico, á quien usted conoce mucho, disertaba sobre la cacerola, con citas de Cervantes y de otros autores de buena raza, y como se fuera poniendo pesado, el Sr. Cánovas codeó al académico que tenía vecino, diciéndole: "¿Ha vizto uzte que erudito ez ezte tonto?" No es que yo opine como el Sr. Cánovas: creo que anduvo injusto: pero cito el caso para que vea usted el aprecio en que tiene su compañero y jefe el señor Cánovas ciertas erudiciones.

Aparte de esto, si Litré y Larouse dicen, como ustedes, que la campana es una copa boca abajo, deles usted expresiones mientras yo vuelvo por pasiva lo de D. Santo de Carrión, aunque sea en prosa: Ni la tontería deja de serlo porque la digan Litré ó Larouse, ó. . . . Mariano Catalina.

Lo mismo le diré á usted de la etimología del *capricho*, la cual, aunque efectivamente esté traducida de Larouse, y aunque tenga en su favor la autoridad de Federico Díez (?), es verdaderamente *caprichosa*.

Sin tomarse el trabajo de defender más definiciones académicas, vuelve usted á machacar sobre lo mismo, ó sea á decirle por cuarta ó quinta vez al director de *El Imparcial*: "Convendría pusiese usted bien en claro que el respetable periódico *El Im-*

parcial, en nada responde de las opiniones. . . ." etc.

Sí, señor, ya lo ha puesto y aun lo pondré yo más si usted quiere. Estos artículos son exclusivamente míos. Los publico en *El Imparcial* porque es el periódico que más circula de cuantos se se escriben en castellano en ambos hemisferios. Lo demás, ya ve usted: yo soy tradicionalista de toda la vida, y no puedo tener con *El Imparcial*, periódico liberal, ninguna comunidad de ideas. Le tomo como medio de publicidad exclusivamente. Tanto es así, que aunque el Sr. Gasset y Artime (Q. S. G. H.), cuyo fino trato y exquisita amabilidad me cautivaban, solía, siempre que me encontraba, pedirme artículos literarios para *Los Lunes*, jamás se los hice. Cuando publiqué el primero fué porque necesité enmendar los errores gravísimos que sobre historia, monumentos y costumbres de Avila había divulgado un apreciable folklorista. Para esto aproveché entonces, como sigo aprovechando ahora, la amistad particular que tengo con los directores y redactores de *El Imparcial*, y la buena voluntad con que abre siempre este periódico sus columnas á toda contienda literaria de buena índole.

Lo de los insectos *roedores*, aparte del detalle final de la escupidera, chisme que habiendo Academia es innecesario, no pasa de ser una impertinencia que prueba que con el escozor de la crítica ha olvidado usted aquel refrán que prohíbe mentar la sogá en casa del. . . . académico y hablar de roedores al que ha pasado toda la vida royendo del presupuesto y tiene ya numerosa familia en ese ejercicio. Yo no taladro el Diccionario, le corrijo y

le limpio, al paso que les enseño á ustedes sin cuidarme de que me lo agradezcan. Me lo agradece el público, y además Dios me pagará la obra de misericordia.

¿Qué haga yo un Diccionario? Ese es el común estribillo de todos los que irracionalmente se rebelan contra la crítica. Le haré cuando lo tenga por conveniente; pero mientras tanto, conste que yo no soy una Academia compuesta de treinta y seis notabilidades, no soy más que un leonés que conoce algo y ama muchísimo el patrio idioma, pero que no cobra dinero del país por hacer Dicciones ni gramáticas. Es decir, que yo no tengo obligación de hacer un buen Diccionario, y ustedes la tienen.

Cuanto á la promesa de poner comentarios humorísticos al Diccionario que yo hiciera, le engaña á usted el pensamiento, señor mío. Yo le he hecho á usted la justicia de no confundirle con la generalidad de los académicos; pero con la misma franqueza le voy á decir que no daría usted á los lectores solaz y esparcimiento, como asegura, sino pena. Es usted esencialmente soso. La poca sal que usted tuvo, que podría ser la que le echaron el día del bautizo, la gastó usted antes de entrar en la Academia.

Después de aquellos artículos no ha escrito usted nada que pueda leerse.

Mas lo grave del caso es que en ese párrafo mismo, con el fin de dejar en buen lugar á la Academia y hacer como que no necesita defenderse por sí, vuelve usted á refir con la verdad diciendo: "Yo, Juan Fernández, que *ni siquiera soy académico...*"

¿Qué no es usted académico?

¡Señor don. . . . Juan! ¡Señor don. . . . Juan!

Describiendo Cristóbal Suárez de Figueroa en el último discurso de su *Plaza universal de todas ciencias y artes* las operaciones del de imprimir, dice:

"Impuesta la forma, se aprietan fuertemente los tornillos. . . llévase tras esto á la prensa, donde se saca una muestra, que llaman prueba, dándose al corrector para que quite las mentiras."

Fortuna ha sido para usted, y eso que no sé si fortuna ú desgracia, que el corrector de la imprenta de *El Imparcial* no practicara al pie de la letra el método del doctor Suárez de Figueroa, pues si le llega á aplicar con todo rigor á su carta, ó no sale á luz, ó queda reducida á media docena de renglones.

